



**LOS PEQUEÑOS REZAN
PARA LOS "GRANDES"**

Lea en este número: "LOS CUATRO GRANDES EN GINEBRA", información enviada desde Suiza por nuestro director Ignacio Agustí

SIETE SIGLOS DE DINASTIA RURAL

POR JOSE TORRELLA PINEDA

Reportaje que ha obtenido el Primer Premio en el III Concurso de Reportajes convocado por DESTINO

UN LARGO VIAJE A MONISTROL DE CALDERS

CUANDO, de pequeño, me llevaban a la casa solariega de mi familia materna, el manso Rubió, mi impresión era de que íbamos a parar a un extremo del país.

Salíamos por la mañana con un tren que, después de no pocos resoplidos, de unos cuantos túneles que hacían esconder mi cabeza en algún regazo acogedor y de la fantástica visión montserratense, nos dejaba en la ciudad de Manresa, límite, para mí, del urbanismo.

Comíamos en una fonda servida por religiosas, situada en un piso sobre la misma cochera donde por la tarde teníamos que reemprender la ruta. Luego montábamos en una larga tartana tirada por varias mulas y allí nos quedábamos encajonados por tres horas más bien sobradas sin posibilidad de mover un brazo o una pierna, talmente como si estuviésemos cumpliendo una singular penitencia. Los mayores tenían, como compensación, la perspectiva de un diálogo en común que creaba inopinados lazos de amistad de un extremo a otro del carruaje. Pero a los pequeños no nos quedaba otro recurso que vislumbrar el paisaje y filosofar acerca de la teoría de la tracción animal que, según el desnivel del terreno, obligaba a las mulas a ir al trote o al paso y hacía que el conductor anduviera algunos trechos a pie.

Al llegar al pueblo de Calders nos apeábamos con las rodillas anquilosadas — ¡y aun había quien, el pobre, continuaba hasta más lejos! — y nos esperaba otra tartana, de una sola caballería, para descender hasta Monistrol de Calders.

El trayecto desde la elevada sierra de Calders hasta el hoyo cerrado de Monistrol, a freno continuo, era mucho más leve, y entre viajeros y conductor se establecía un clima familiar que era ya signo de una cercana y muy íntima acogida.

En Monistrol no faltaba alguien de la «masía» a esperarnos, pero se hacía inevitable un pequeño refrigerio. Y, después de saludar a algunas amistades del pueblo y cambiarnos el calzado, nos disponíamos a emprender, a pie, el camino que en tres cuartos de hora y casi siempre cuesta arriba, conduce hasta la casa de Rubió.

Total: que llegábamos de noche, justo para la cena, a la meta de nuestro viaje.

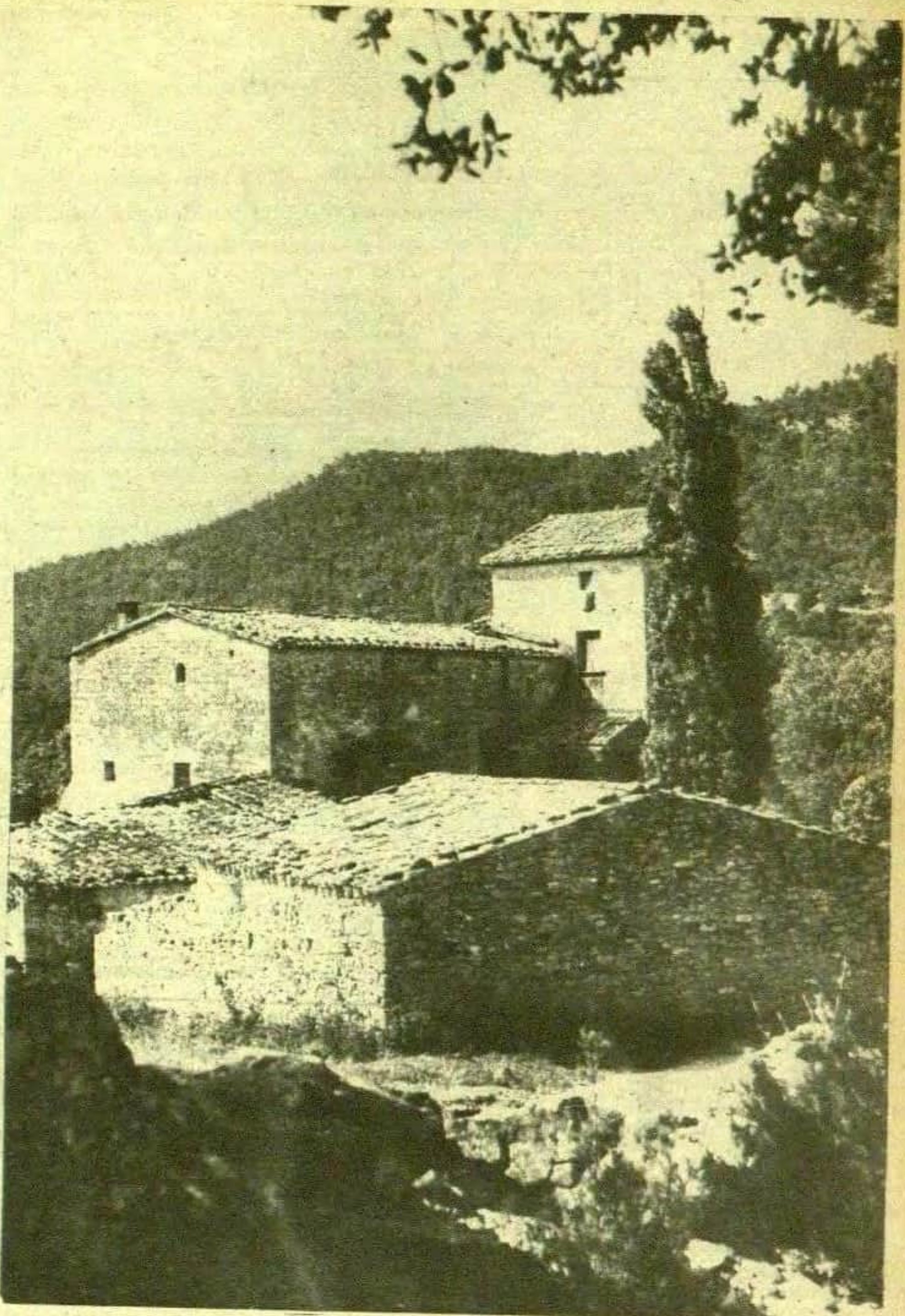
Si a esa excursión de una jornada, en cuatro etapas, se le añade la rusticidad de la gente del pueblo, cuyos arrapiezcos, con calzones por debajo de la rodilla, nos siguieron una vez hasta bien entrado el camino porque yo llevaba una blusita encarnada y decían que iba vestido de chica, y se le añade aún el aspecto montaraz del paraje donde se levanta la casa de Rubió, desde la cual no se ve más signo humano que otro manso, el Coll de Granera, justo para ser visible a casi una hora de camino en la confluencia de dos lomas tupidas de bosque; imagínese cual sería mi sorpresa cuando un día, ya mayorcito, y haciendo una excursión hasta el castillo de Granera, al llegar a la casa que desde Rubió vemos tan pequeña, me encontré con el panorama familiar de las montañas de Sant Llorenç del Munt y de Montserrat ante mis narices. ¡Y pensar la curva que describíamos haciendo el viaje por Manresa!

Hoy tiene Monistrol de Calders una línea directa de autobús con Sabadell, por Castellar del Vallés y San Lorenzo Savall; trayecto que puede hacerse determinados días de la semana en hora y media. El pueblo ha pasado a ser colonia veraniega de los sabadellenses y hasta de algunos barceloneses y lugar de reposo y de recuperación para ciertos famosos astros del fútbol internacional. La «masía» Rubió sigue, empero, a tres cuartos de hora de mal camino, que es más cómodo hacer a pie; sigue sin luz eléctrica y, por consiguiente, sin radio; y conserva su majestuoso aislamiento y su serena quietud sin otra vecindad que la pequeña casa del Coll de Granera asomando su nariz allí arriba, entre las dos montañas que forman la concha de Rubió.

LA CASA DE RUBÍO

Porque, eso sí: para mí Rubió es una perla. Y hasta quizá le encuentre encantos que no posee.

La casa no tiene la estructura corriente en las «masías» catalanas. Por lo general éstas parecen cuecas empollando sus huevos; en cambio, Rubió toma la arrogancia del gallo. Su cuerpo principal tiene una altura de dos pisos y dibuja un rectángulo de veinte metros por nueve y medio. En uno de sus ángulos, escanteado, se encaja una soberbia torre de trece metros y cuarto de altura, con siete y medio de frontal y siete de lateral, aunque a simple vista da la maciza impresión de cuadrada. Esta torre cuenta unos tres siglos y su construcción es perfecta de líneas. Su fachada lateral da a la espléndida era, la cual, gracias a ella, toma el aspecto de una gran plaza donde celebrar ritos y fiestas públicas.



El autor de la crónica rubionense sitúa el origen de la nave principal en tiempo de la dominación romana

La nave primitiva es mucho más antigua y sus líneas son asaz imperfectas. Los documentos más rancios que ha sido dado encontrar mencionan la casa como ya existente. Mi tío José, autor de la crónica rubionense, como se verá, atribuye su origen al tiempo de la dominación romana.

Las proporciones regulares y generosas de la fábrica permiten dedicar los bajos a bodegas y establos, el primer piso a vivienda y el segundo a graneros y dormitorios de la servidumbre. La sala de estar, que hace también las veces de comedor, tiene como longitud la anchura de la casa, que interiormente es de ocho metros largos, con aperturas a levante y a poniente. En esta parte hay una galería descubierta desde la cual, cuando los perros ladran, vemos si alguien viene por un alejado fragmento visible del camino. Porque el paso de algún caminante o vehículo forasteros por aquellos andurriales es todo un acontecimiento.

Un chocho esbelto, hoy en franca decrepitud, completa la nota vertical del conjunto, y dos ubérrimas encinas forman el arco de entrada en el recinto.

ANTIGÜEDAD DINÁSTICA

La casa de Rubió es de las importantes del término y de la parroquia. Tiene el segundo banco de propiedad en la iglesia. Y hasta llegar a la guerra civil cumplió un deber litúrgico antiquísimo: cuatro o cinco veces al año, en los oficios solemnes de las grandes festividades, tenía que llevar a la iglesia dos tortas, una de las cuales, después de bendecida, pasaba a la casa rectoral, y la otra era devuelta por el sacristán al cabeza visible del banco de Rubió, y éste la cortaba en pedazos, que el sacristán repartía entre los elementos del Municipio, los de la Obra y los ocupantes de los primeros bancos. Un párroco demasiado moderno suprimió tan simpática tradición después de la guerra; eso para que vea el lector qué de trastornos ocasionan las guerras.

En el Anuario «Bailly-Eaillière-Riera» figura Rubió como caserío agregado al Municipio de Monistrol de Calders, con nada menos que diecinueve habitantes, y no constan otros mansos más que el de Musarra y el de Rusinyol, con cuatro habitantes cada uno. Pero el título que más enorgullece a la

familia de Rubió es su antigüedad. Porque una cosa es la vetustez material de la casa, y otra es la ancianidad de la familia que la posee y cuyos sudores riegan las tierras de labranza. Y en este sentido es probable que pocas familias puedan parangonarse con la de Rubió. Porque documentalmente ha sido comprobada una continuidad dinástica de siete siglos, a través de los cuales la propiedad de Rubió y sus tierras no se ha movido de la misma estirpe en un escrupuloso cumplimiento de la añeja institución sucesoria de «hereu».

Mi tío-abuelo José Pineda Crespiera, padre del propietario actual, fué quien reconstruyó la genealogía de la casa, realizó un magnífico árbol genealógico y mandó elaborar una lápida con la siguiente inscripción ciertamente lapidaria: «En el siglo XIII ya existía Rubió».

EL ÁRBOL GENEALÓGICO

Constituye la carta magna de la dinastía rubionense un documento otorgado el 4 de marzo de 1263 por Bernardo de Rubió, su mujer María, su hijo Bernardo y la esposa de éste, Ermesenda. Uno de los testigos era el párroco de San Vicente de Calders, quien extendió el documento. Se trata de la cesión de una porción de terreno a favor de Bernardo del Coll del Castillo de Granera y de su esposa y sucesores. Fué protocolizado en 1331 por el notario de Manresa Pedro Natal.

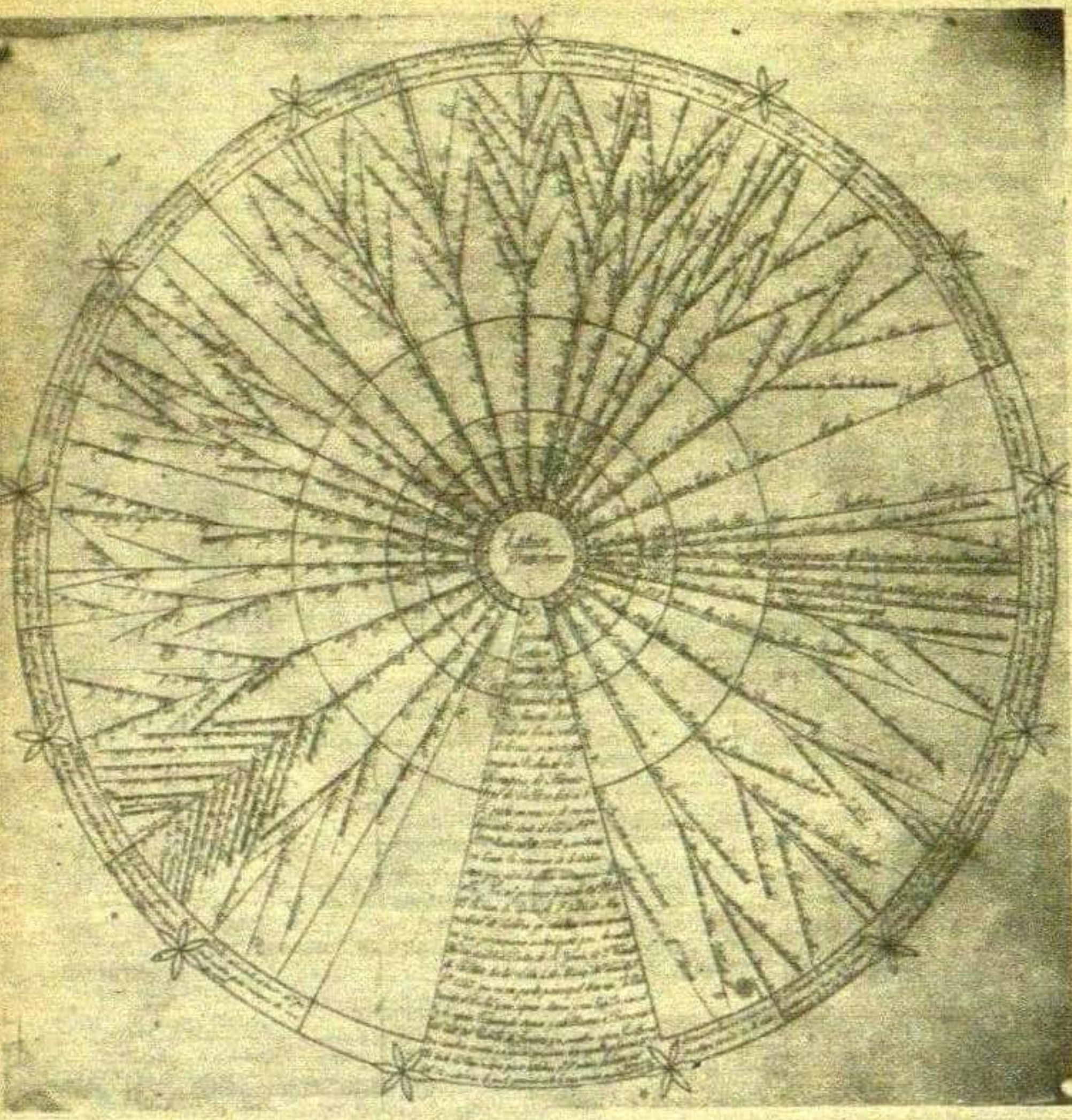
Partiendo de este documento básico, el más remoto que se encontró, mi tío fué desarrollando la cronología de su estirpe y la plasmó gráficamente en un árbol genealógico que mide 2'40 metros de largo por 1'57 de ancho.

El autor del árbol inicia las generaciones hipotéticamente en el abuelo del propietario que estableció la donación de 1263. A partir del sucesor de éste, Bernardo, casado con Ermesenda, figuran en el árbol los nombres de todos los hijos, con sus cónyuges y descendencia, que más modernamente alcanza hasta sexto grado, en una continuidad de veintiséis generaciones.

En la base del árbol aparece escrito por su autor un texto que él titula «Breve epílogo» y que empieza así:



El autor de este reportaje ante la casa de sus antepasados



Genealogía en forma de zodiaco, con tantos sectores como generaciones

«A través de segles, cicles, trastes i contrastes, el present Arbre de família grafich, il·lustrat i istorich que està creat en el remot temps de l segle XII dintre la Nau de la primitiva casa coneguda per Rubió...»

Hay pasajes de ese «Epilogo» muy sabrosos. Por ejemplo, éste:

«Estan la Nau ondejan per a l'espai de la imperiosa Mar de l tems i de la vida i estan les immensas onades embraonadas per a restrar tot lo que trovin al seu pas, an vensut totes les contrarietats que ls i han presentat a la vida humana, de pestes, enfermetats amb tota especie de mals, guerras, pedregadas, sequedats, desgracias de familia, plets, calumnies i... altres; puig a través de tantes desdichas, desventuras i umiliacions i seguin la tradicional costum de totes les cases de pujar y vaxar en ses fortunes que s l'escala de la vida, uns pujan i altres baxan, sempre an seguit la mateixa estirpe de progenitós desde sa creación, tres pubilles i vintisinc erews que forman l'espina troncal de l Arbre, quals erews moriren amb sucesió, dos esterils i l'ultimo actual tampoc ne tenen, pero podem tenir-ne, desde l segle citat fins el present segle XX.»

EL NOMBRE DINASTICO

Como se ha visto, el nombre Rubió es a la vez el de la heredad y el apellido personal de su dueño. Y así fué hasta el siglo XVIII en que, por falta de descendencia masculina, el apellido de un yerno, Pineda, pasó a substituir al de Rubió. Ese yerno fué Pedro Pineda, oriundo de Castelltersol, quien casó con María Rubió Pahissa el año 1714.

No era la primera vez en darse ese caso de ser heredera una hembra y entrar en la casa un «pubill», pero no por ello había cambiado el nombre de la familia. Ya nuestra conocida pareja Bernardo y Ermesenda, en el siglo XIII, tuvieron sólo hijas — cuatro — y la mayor, Geralda, casóse con Bernardo de Olsetó, del pueblo mismo de Monistrol de Calders, en el año 1285. El primogénito de este matrimonio, como «hereu», tomó el apellido de la madre, de modo que llamóse Guillermo Rubió.

Un nieto de éste, otro Guillermo, primogénito de Berenguer Rubió y María Boladeras, muere sin sucesión. Se hace restitución de dote y ropa y pasa a ser «hereu» su hermano Pedro, quien muere también sin descendencia. Entonces la sucesión recae en una hermana, Margarita, casada con Segismundo Vilarrubia, y el primogénito de este matrimonio toma no sólo el primer apellido materno sino hasta el segundo: Marcos Rubió y Boladeras. En cambio, en testamento que encabeza «Yo, Marcos Rubió», deja un legado a «Juan Vilarrubia, hermano mio».

Otra heredera fué una nieta de este Marcos Rubió, a fines del siglo XV. Se llamaba Micaela y se unió en matrimonio a Valentín Casagemas, de Moyá. El hijo de

ambos, Jaime-Juan, que en nuestros días se hubiera apellidado Casagemas y Rubió, se apellidó al revés: Rubió y Casagemas.

La fuerza absorbente del nombre dinástico era tanta que hasta una nuera, Elisabet Tayadella, casada en 1587 con un «hereu» Rubió, hizo testamento como «Elisabet Rubiona».

Y aún en el siglo XVIII, cuando tras medio milenio llegó a cambiar el apellido dinástico por el de Pineda, el primer «hereu» que ostentó el nuevo apellido, Jacinto Pineda Rubió, menciona en su testamento a sus hijos con el apellido Pineda, si bien se denomina a sí mismo como Jacinto Rubió.

ECONOMIA Y LEYENDA

Ya lo dejó escrito mi tío José: la casa de Rubió no faltó a la «tradicional costumbre de todas las casas, de subir y bajar en sus fortunas». Antiguamente la heredad era más extensa. Parece ser que su mejor momento

fué en el siglo XIV. En los XVIII y XIX fué acentuándose una grave decadencia económica que, a mi entender, parte de la erección de la torre en el XVII.

El origen de esa torre está cercado, a pesar de su relativa modernidad, de una nebulosa de leyenda. Hay una versión, que se ha venido transmitiendo oralmente de padres a hijos, según la cual Jacinto Rubió Cadafalch, casado en 1650 con María Santamans, de Calders, fué quien levantó la torre para guardarse de las huestes bandoleras de «yerros» y «cadells». Parece ser que Jacinto tuvo que ausentarse y buscar un escondrijo donde burlar una persecución personal derivada de las luchas políticas de su tiempo. Fué a parar lejos, en Alps, y allí permaneció escondido al fondo de un torrente, donde, agotadas sus provisiones, llegó al extremo de tener que alimentarse con hierbas. Hasta que, yendo de caza el dueño de aquellas tierras, los canes le descubrieron. Recogido y rehecho, contó su situación, y su salvador le preguntó si contaba con medios para levantar una edificación defensiva, sugiriéndole la idea de erigir la torre. De regreso a Rubió, Jacinto puso en práctica el consejo y aun hoy vemos en el rincón de Les Fonts, cerca del manantial que surte de agua a la heredad y al molino «d'en Sala», los vestigios del horno de cal que estableció para el abasto de las obras.

Esta aventura romántica no podía dejar de tener un epilogo sentimental. El primogénito de Jacinto, Juan Rubió Santacana, contrajo matrimonio con Arcángela Vila, de Alps. El contacto con Alps dió a Rubió, además de una torre, una joven ama.

Si el padre llevó a cabo el enorme esfuerzo económico de la torre, para el cual tuvo que vender importante parte de la propiedad, el hijo sostuvo un pleito de cuatro años contra el noble Juan Amat, señor del Castillo de Calders, y aunque salió victorioso el dueño de Rubió, ya sabemos el corolario de esos triunfos. Un siglo después, Jaime Pineda Boladeras, nieto del Pineda sobrevenido, gana otro pleito también contra un noble, el Marqués de Castellvíll; pleito originado por unos censos ya redimidos, que dura la friolera de treinta y un años, y en el curso del cual Jaime enviuda dos veces y vuelve a casarse otras tantas. Su hijo no tuvo ocasión de sucederle porque también murió antes que él, como sus mujeres. Por lo visto el muchacho no pudo resistir tanto trastorno. Sucede, pues, a Jaime, su nieto Valentín Pineda Altamiras, casado con Rosa Cuiró, de Farrerons.

Ese Valentín fué un gran dilapidador y dejó la hacienda muy quebrantada. Su primogénito Jacinto fué enviado como jornalero a otro manso, a la edad de trece años, y allí le compraron unas alpargatas, de pura lástima. Iba descalzo.

Jacinto casó con Margarida Crespiera, de Gallifa (1848) y fué padre de diecisiete hijos. Uno de ellos era mi abuelo materno, Ramón Pineda. El «hereu», José Pineda Crespiera, es el autor del árbol genealógico.

LA INTERESANTE PERSONALIDAD DE JOSE PINEDA CRESPIERA

El árbol genealógico de la casa de Rubió, del que ya hemos hablado, es notabilísimo, pero si se conoce la personalidad de su autor pasa a ser meritísimo.

José Pineda Crespiera nace el año 1851 en aquella casa de campo empobrecida donde, además de él, van naciendo otros dieciséis hijos. A las dificultades de distancia, frios, lluvias, se unen las necesidades económicas para dificultar la asistencia de tan numerosa prole a la escuela del pueblo. Durante unos años iba un seminarista de Castelltersol a pasar el verano en la «masia» y a cambio de comida y estancia enseñaba las primeras letras a la chiquillada. Más tarde tuvieron como pupilo al maestro del pueblo el «senyor Pau», quien pagaba su hospedaje con el ejercicio de su magisterio a domicilio y el complemento de una buena excursión diaria.

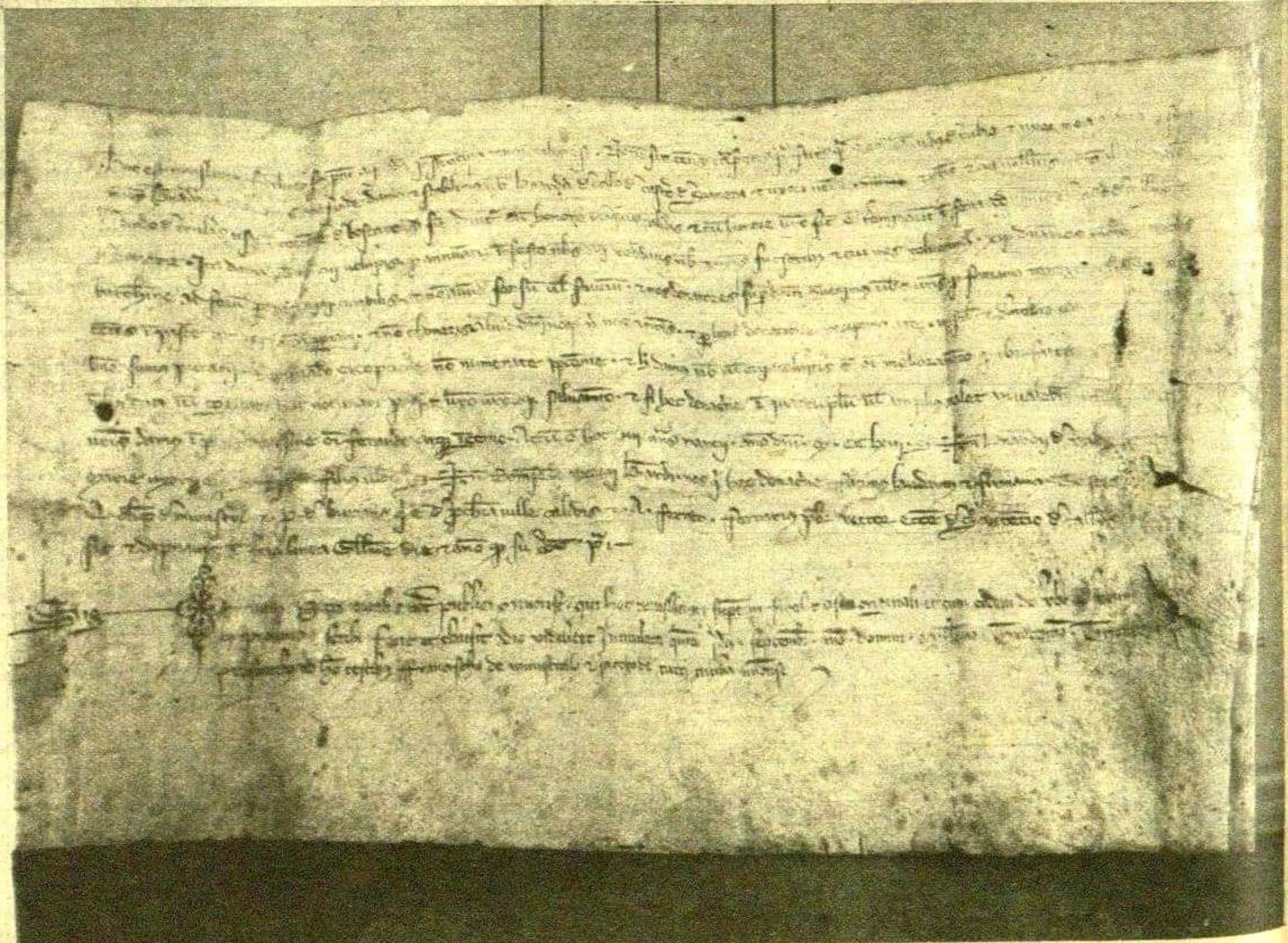
José no recibe otra instrucción que ésta. Tempranamente tuvo que empuñar el arado y no pudo descuidar el trabajo ni cuando pasó a ser dueño de la heredad, puesto que ella requería un esfuerzo constante y una administración austera y alerta.

Mi tío-abuelo se distinguió desde muy joven por sus virtudes de laboriosidad y honradez, así como por su talento natural, su claro juicio, su religiosidad y su entrañable amor a la tierra y al hogar. Fué hombre de pocas palabras, que sabía infundir respeto a la vez que inspirar confianza. Llegó a ser juez de paz.

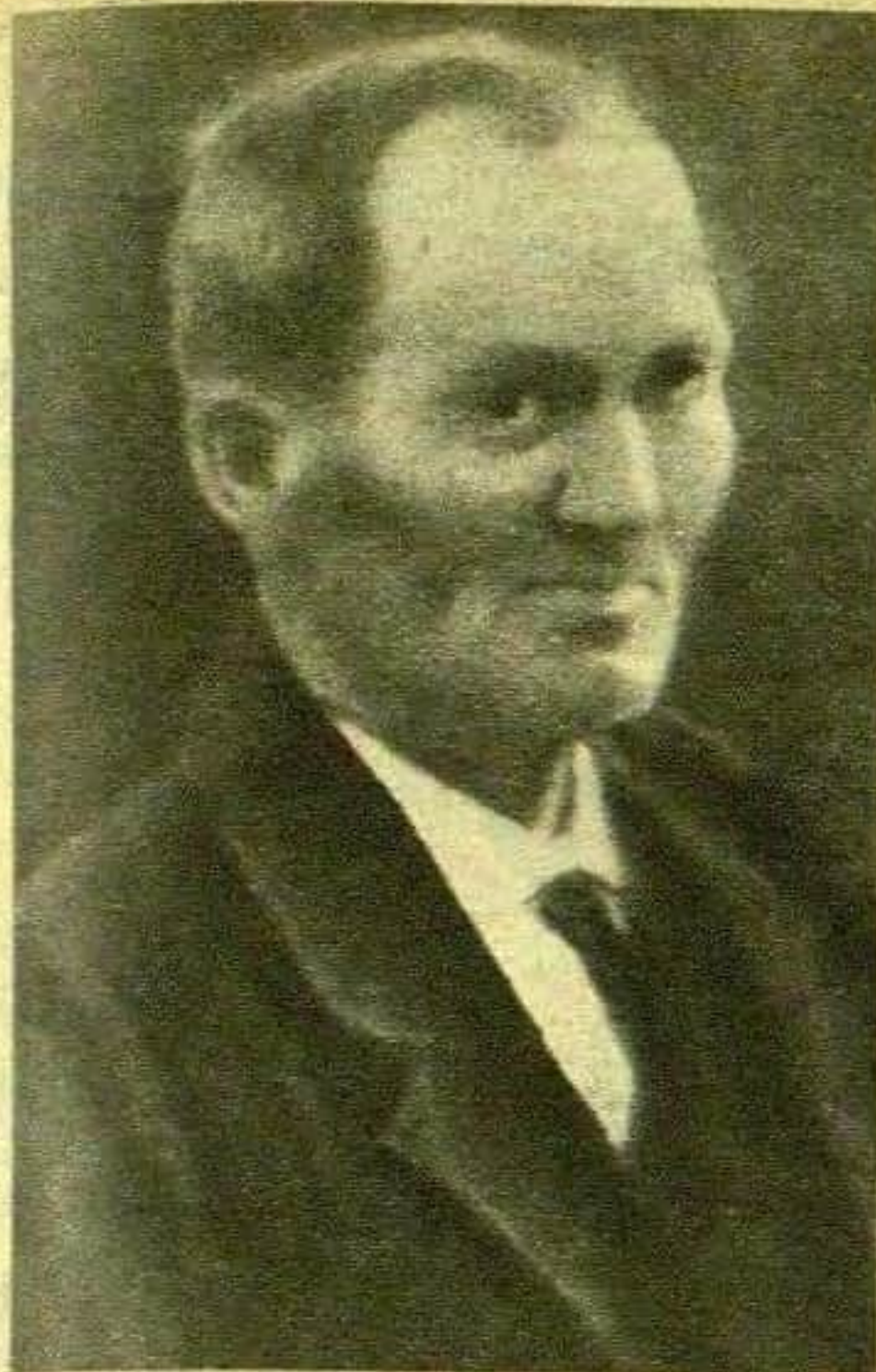
Paréceme que le estoy viendo aún cuando hacia y deshacia los ocho metros de la sala llevando el rosario; un rosario con un apéndice interminable de padrenuestros para todos los Santos y Santas que son abogados de algo, mientras llegaba de la cocina el aroma penetrante de las «drumfes» (patatas) que eran preparadas para la cena.

Ya en plena madurez, José Pineda se dispuso a emprender la tarea de reconstruir su genealogía. Su primogénito Bartolomé, actual propietario, podía relevarle de ciertas labores pesadas. Aprovechando los días festivos, las veladas del invierno y las jornadas en que la lluvia o la nieve dificultan el trabajo agrícola, el hombre empezó a revolver papeles y pergaminos, de su casa y del archivo parroquial. Los hacía traducir del latín, si estaban escritos en esa lengua, por el señor cura. Escribía donde era necesario solicitando datos y documentos. Hay que decir que tuvo una buena colaboración en el párroco de Monistrol, Rdo. Dr. Juan Bergadà, quien terminó dejándole obrar en el archivo como si fuera el dueño.

He encontrado una carta inacabada, que tal vez la rehizo o no tuvo necesidad de cursarla, y que corresponde a una de tantas solicitudes como debió cursar. Va dirigida a un sacerdote de Barcelona, Rdo. don José Puigmartí, a quien se da a conocer como pariente en cuarto o quinto grado canónico, y en ella dice que se «ha tomado el capricho de hacer el árbol de esta fami-



Documento, otorgado en 1263, del que arranca la genealogía de Rubió



José Pineda Crespiera, vigésimo quinto eslabón de una cadena familiar siete veces centenaria y autor de su reconstrucción documental

lla que no deja de ser muy importante, y como quiera que en 19 de febrero de 1742 una hija de esta casa llamada Constanza Pineda Rubió se casó con un antecesor de usted, José Pineda Puigmartí, herrero...

El año 1911, a sus sesenta de edad, José Pineda termina su primer árbol genealógico. Está concebido como zodiaco, dividido en tantos sectores como generaciones. Su ejecución demuestra que no faltaban a mi tío, aunque empíricos, conocimientos de geometría.

Luego hay, antes de llegar al árbol definitivo, otra genealogía iniciada, ya en forma de árbol, y otra, totalmente dibujada, que tan sólo se diferencia de la definitiva porque el tronco es recto, las segundas nupcias son recuadradas en verde y los sobrevenidos se distinguen en rojo. Este árbol no lleva ningún texto explicativo.

Finalmente dibujó el árbol que ha quedado como definitivo, por más que él no lo diera como tal. Este tiene el tronco irregular — como un árbol de verdad — produciéndose una desviación cada vez que hereda una hembra y entra en la casa, por vía matrimonial, un dueño forastero. Los descendientes por la sangre están inscritos dentro de una hoja geoméricamente circular y los sobrevenidos aparecen en rectángulos que se unen a sus parejas correspondientes por uno de sus lados desviado en forma de embudo. Como se ha dicho, esta gigantesca reconstrucción genealógica abarca siete siglos con veintiséis generaciones y hasta sexto grado la mayor parte de ellas.

Como quiera que José Pineda murió a los sesenta años (1921), son de quince a veinte los que invirtió en esta tarea a la que se había ido entregando con verdadera veneración.

Puede considerarse certero retrato psicológico de mi tío una extensa memoria que dejó escrita con el único intento de justificar ante sus sucesores cierta transacción que hizo de una servidumbre existente a favor de la casa. Son cuatro folios manuscritos, de los cuales transcribo el final:

SIMENON



POR JOSÉ MA. DE SAGARRA

CONFIESO no ser un lector de novelas. Tengo buenos amigos novelistas de verdad, o que se piensan ser novelistas, que escriben novelas, y a veces me regalan alguna de sus producciones; entonces me veo obligado a leer estas obras, pero en general las leo muy por encima. A mi me parece perfecto que estos amigos, y otros que no son amigos míos, se dediquen a escribir novelas. Sobre todo los que logran hacerlo con garbo y alcanzan un éxito. Sobre todo si pueden ser galardonados con los premios importantes que se adjudican a las novelas y reciben excelentes liquidaciones de sus editores.

Hoy día la novela es el género literario más adecuado a la manera de ser del mundo, y no me extraña que se escriban tantas novelas y que bastantes novelistas hayan obtenido el «Premio Nobel». Encuentro natural que una inmensa parte de la humanidad lea novelas, que sean ellas un tema de conversación socorrida y que se considere casi una incalificable grosería de tipo social no haber leído la última novela de moda de la cual habla todo el mundo.

Pero esto, que me parece muy bien aplicado a los demás, no reza para mí. A medida que me fui quedando sin pelos en la cabeza fui dejando de leer novelas y me dediqué a otra clase de lecturas, para mí más útiles, más instructivas y más alimenticias.

A los dieciséis años empecé a leer aquellas novelas que se consideraban capitales para presumir de una leve cultura. A los veinte había leído mucho de Dickens, todo Flaubert y todo Stendhal, y antes de cumplir los treinta había intentado digerir la comedia humana de Balzac y había vertido íntegramente toda mi emoción en la aventura de los dos grandes de lo monstruoso y lo humano; me refiero a Dostoievsky y a Tolstoi. Para no despreciar en absoluto los modernos géneros nacionales, leí bastantes títulos de don Benito Pérez Galdós y casi todo lo que publicaba don Pío Baroja. Durante algunos años fueron mis libros de cabecera «La historia de Manon Lescaut», del abate Prevost, y «Candide», de Voltaire; y no cito el «Don Quijote» porque éste fué, y sigue siendo, mi libro de cabecera y del que me sé más fragmentos de memoria.

Después de lo que acabo de confesar, no siendo ni crítico profesional, ni uno de esos obligados a contarle al público los argumentos de las novelas que se publican, me creí saturado de novelas y dispensado de devorar este género literario de una manera constante, metódica y normal. ¿Para qué ocupar el tiempo con las novelas, si un libro honesto y solvente que tratase cuestiones de agricultura, de biología, de astronomía o del arte de la pesca, me producía mucho más interés, mayor provecho y positiva instrucción?

A veces en el decurso de los últimos cuarenta años — exceptuando la obra de Proust, que esa sí que la leí, y la releí —

se han publicado grandes volúmenes novelescos de suma importancia, que los han leído hasta los que no saben leer, y yo — inadaptado y rebelde — los he visto triunfar y morir sin haberme interesado por ninguna de sus páginas.

Recuerdo que cuando apareció en Europa «Lo que el viento se llevó» yo vivía en París, indiferente a la fiebre total por devorar la famosa novela. Luego, cuando aquí se publicó la edición española, fueron muchísimos conocidos míos los que me echaron en cara el no haberla leído. A uno de ellos tuve que decirle: «¿No ve usted que yo tengo que ganarme la vida y apenas me sobra tiempo para leer las epístolas de San Pablo, y quiere usted que pierda más horas con tan gordo y voluminoso mamotreto?»

Después, cuando tuve la desgracia de ver la película inspirada en la obra famosa, pensé que por muy bueno que fuese su estilo había hecho muy santamente no leyéndola.

Todas estas manifestaciones de tipo personal, quizá imimportantes, sirven para decir lo muy esporádico y lo muy circunstancial que me considero como lector y crítico de novelas, convirtiéndome en gran ignorante de lo que la mayoría conoce; cosa que me estaba ocurriendo ante el caso de Simenon.

De este prolífico y enorme creador de materia novelesca, se ha hablado y se habla mucho. Su obra le ha valido de alguien el título de Balzac de nuestro tiempo, por el número y diversidad de sus invenciones. Simenon es un autor de éxito colosal, comparable al de los más brillantes autores americanos. Mientras leía en los periódicos escritos importantes sobre la persona y la obra de Simenon, yo desconocía totalmente la labor del novelista. Después de enterarme su nombre por los oídos hasta saturármelos, compré algunos de sus pequeños volúmenes que relatan las aventuras de un célebre policía inventado por él; los fui leyendo y los consideré a propósito para los viajes aéreos y para las noches de cuarto de hotel, cuando uno tiene necesidad de leer algo para conciliar el sueño. Me dijeron que Simenon tenía obras más importantes que esas devoradas por mí, que me parecían muy amenas y hasta algo más que amenas, y que era imperdonable en una persona de mi tiempo ignorar los títulos definitivos de Simenon. Por fin un amigo me prestó algunos de estos títulos definitivos, de esos que consagran a Simenon como un gran novelista de nuestros días.

De ellos escojo los más celebrados por la crítica y, sin duda, los más logrados: «La neige était sale» y «Les volets verts». En el primero se narra la aventura moral de un casi adolescente que tiene la desgracia de ser un sinvergüenza íntegro, y en el segundo se explica, con el realismo de un gran pedazo de carne de buey chorreado sangre, el asco integral de un actor extraordinario llegado a la cumbre de la celebridad.

Ambos libros tienen la gracia de agarrar al lector por el cogote y meterlo de narices contra las páginas hasta el fin del volumen. Y esto no es poco. Simenon, como nuestra época, va al grano, con una ferocidad de tigre. No se detiene en remilgos ni en pompa retórica; lo que Balzac resolvería en cuatro páginas maravillosas y escalofriantes, Simenon lo resuelve en dos palabras no muy limpias, pero muy eficaces, y si se torcia — y ustedes perdonen — con un simple salivazo. Aquí creo yo que

(Continúa en la pág. 41)

«Concluyo, pero repito, sucesores míos, no os dejéis perder nunca el derecho que os concede la escritura y no me tildeis jamás si he hecho esta transacción, pues si hubiese pasado de ligero a cuestionarla en pleito como muchos habrían hecho, aunque habría ganado, pero podría costarme la propiedad y siempre recordaos que... (tal nombre)... ha sido la causa de un puñado de duros contra esta casa y una serie de disgustos sin cuento, los cuales no puedo olvidar, aunque le perdono en lo eterno, que Dios ya le juzgará por lo que se merezca, y sin decir más, que muy largo sería, deseo paz y tranquilidad para todos, sucesores míos, esperando que jamás me maldeciréis, puesto que a más de venir obligado a defender un asunto que para Rubió de tanta importancia como ya está demostrado, todo a buen fin lo hice y así un día todos juntos podamos ver-

nos a la felicidad eterna y huid siempre de cuestiones, amén.»

No creo sea necesario más para dejar perfilado el carácter prudente y justo de mi tío, su espíritu religioso y su arraigado sentimiento dinástico.

Para terminar, citaré dos de las frases con que José Pineda apostilló en el primer gráfico genealógico, el que tiene forma de zodiaco, la actuación o personalidad de

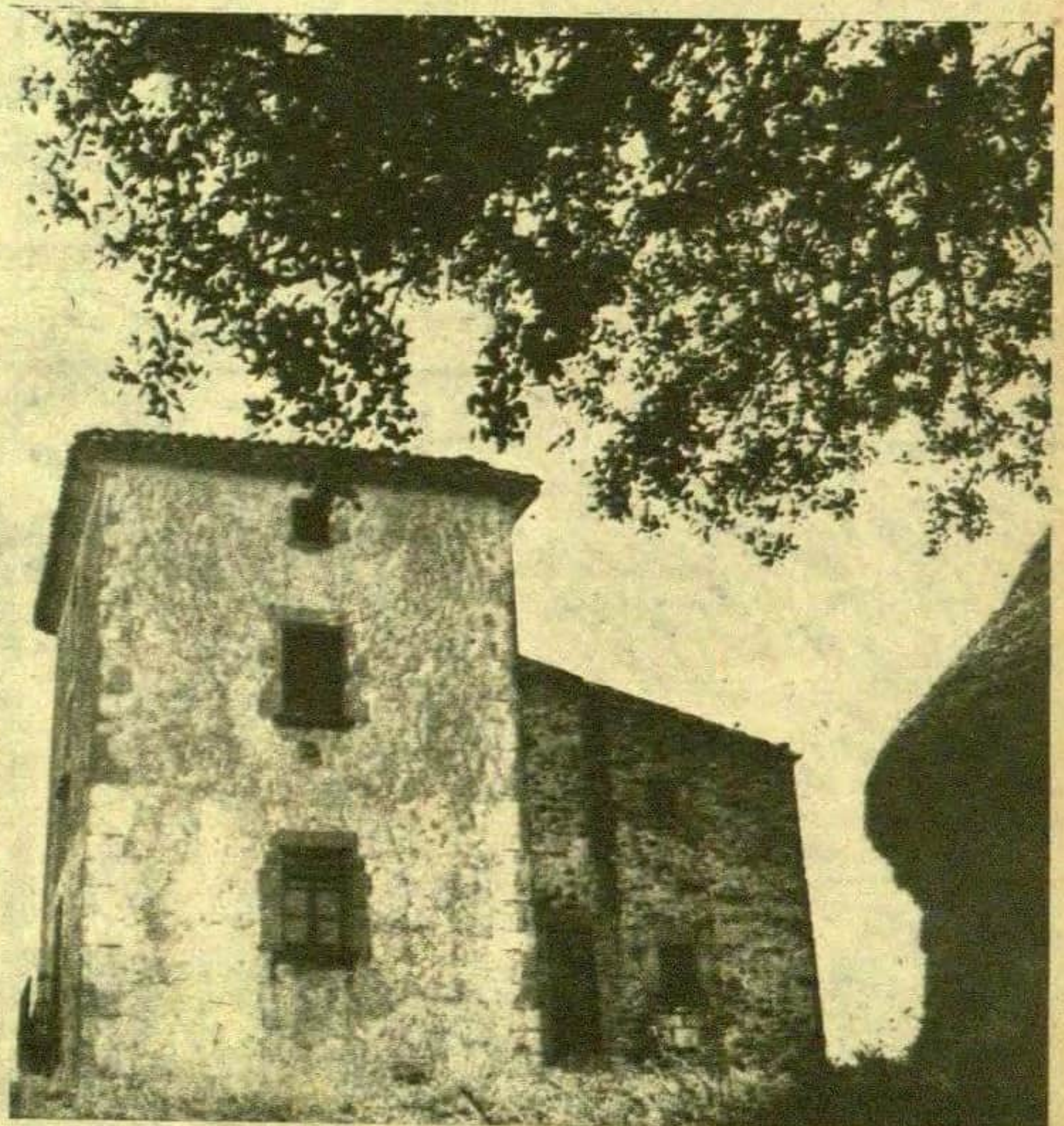
cada uno de sus antecesores en el gobierno y posesión de la hacienda. Al llegar a su padre, el autor del zodiaco escribe:

«No compré ni vendí nada, pero con su esposa dieron a luz 17 hijos.»

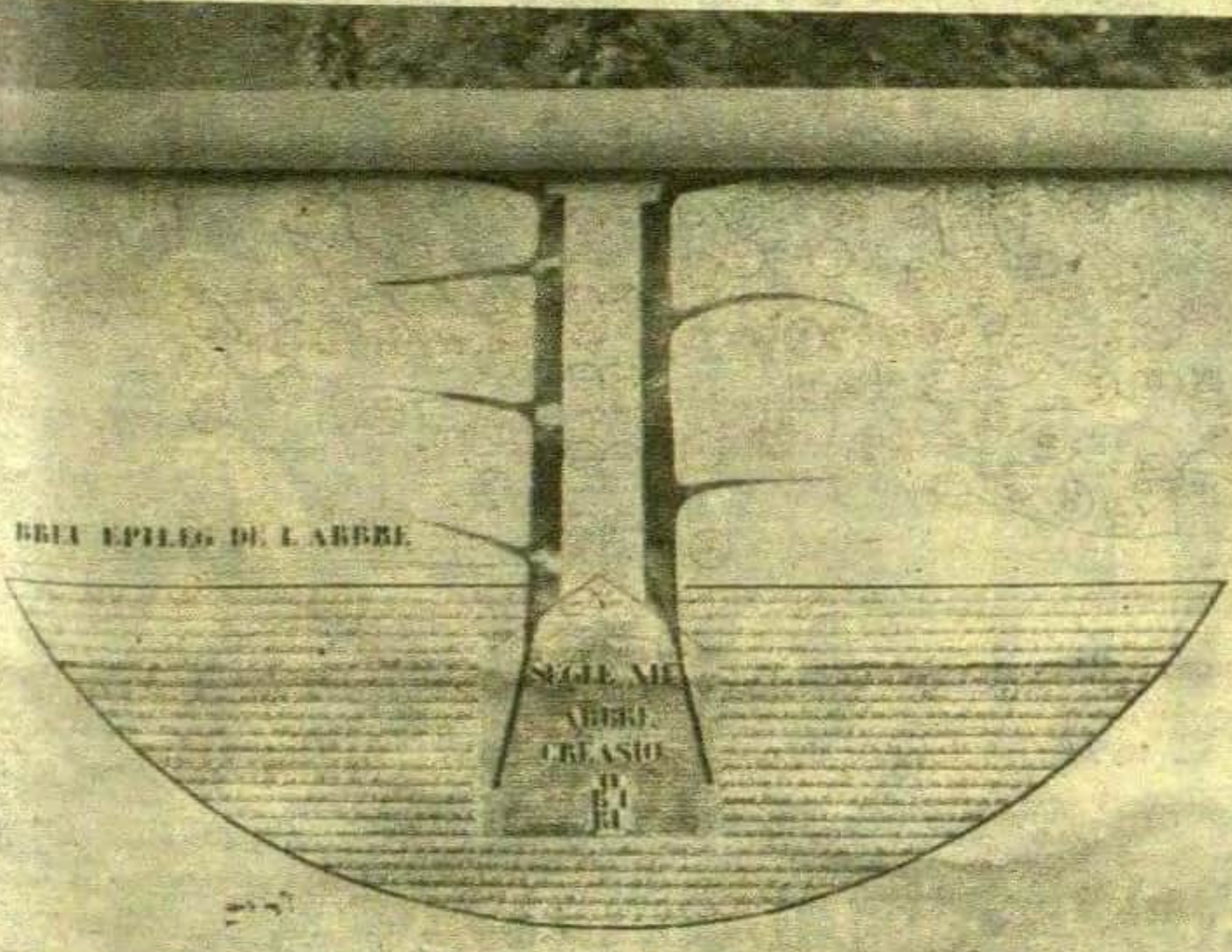
Y en el sector que corresponde a sí mismo, José Pineda Crespiera escribió:

«José solamente es autor del presente cuadro para memoria de mis sucesores.»

(Fotos Ramón Dimas)



El origen de la torre está ligado a las luchas entre «nyerros» y «cadells»



Base del monumental árbol genealógico con su «Breve Epitafio»